

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR.

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.  
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

**Dominica 12 despues de Pentecostés.**

*Quærite primum regnum Dei, et justitiam ejus: et hæc omnia adjicientur vobis.*

Matth., VI, 33

Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas.

Hé aquí la admirable sentencia que encierra el Evangelio de este día: Buscad primeramente el reino de Dios, y su justicia: y todas estas cosas se os darán como añadidura. Lo primero es buscar con ahinco el reino de Dios, lo segundo su justicia, y lo tercero las cosas de la tierra. Oidlo otra vez para que penseis de corazón. Lo primero es poner los ojos en nuestro último fin que es el reino de Dios, lo segundo es aplicar los

medios absolutamente necesarios que son la gracia divina y las buenas obras, lo tercero consagrar todas las cosas de la tierra al logro del reino de los cielos. Podemos y debemos aspirar á la posesion de tres bienes que constituyen el destino íntegro y total de todo hombre venido á este mundo: el bien eterno, el bien espiritual y el bien terreno. El primo tiene razon de fin último, el segundo y el tercero tienen razon de medio. El primero es Dios, infinito bien, cuya posesion nos hará eternamente felices, el segundo es la gracia divina, y la virtud, fruto de la gracia, medio absolutamente necesario para alcanzar el soberano bien, y el tercero son las cosas de la tierra que debemos mirar como auxiliares de nuestra justificacion, como medios útiles y congruen-

tes para aumentar y robustecer los medios necesarios, como escalas para subir al cielo, como fuerzas naturales que unidas y subordinadas á la fuerza sobrenatural de la gracia nos serviran para conquistar el reino de Dios.

Tal es el sentido de la preciosa sentencia evangélica que voy á exponer, enderezando esta homilia á la demostracion de los tres puntos siguientes: 1.º, *el reino de Dios es nuestro último fin*; 2.º, *la gracia divina y las buenas obras son los medios absolutamente necesarios para alcanzarlo*; y 3.º, *las cosas terrenas se nos han dado como medios auxiliares para dicho fin*.

No es la tierra con todos sus bienes el fin último del hombre. La naturaleza con todos sus encantos y maravillas no puede apagar nuestra sed de felicidad. Aunque poseyeseis todos los reinos de la tierra con toda la gloria de ellos, vuestro corazón exclamaría desengañado con el más sabio y dichoso de los reyes: Todo lo que hay debajo del sol no es otra cosa que vanidad de vanidades y aflicción de espíritu. Aunque la fortuna os prodigase todos sus favores, y llegáseis á tocar la cumbre del honor, y á librar la copa de todos los placeres, tendríais que exclamar con San Agustín: Inquieto

estará, ¡oh Dios! nuestro insaciable corazón hasta que descanse en vos.

Sabia el Señor que la naturaleza era una nodriza bastante mezquina para dar á sus hijos la leche de la felicidad, y nos ha destinado al reino de su gloria donde él mismo será nuestro bien y nos saciará con el torrente de su eterna é incomprendible bienaventuranza. Oid, oid las promesas de Jesucristo en orden á nuestro último fin, y vereis que somos llamados á la herencia de un reino sin fronteras y de pacífica duración. Yo he venido, decía el Salvador, á disponer para vosotros un reino como mi Padre lo ha dispuesto para mí, reino gloriosísimo donde comereis y beberéis sentados á mi mesa (1). No temáis los trabajos de esta vida, ni desmayéis ante las privaciones y escaseces, porque sois hijos de Dios, y vuestro Padre háse complacido en daros su mismo reino (2). Ved si es grande nuestro destino; si es noble el fin último de nuestra vida; si es magnífica la recompensa que está prometida á nuestros trabajos y buenas obras. ¡Oh cuán precioso es el reino de Dios

1 Luc., XXII.

2 Luc., XII.

donde gozaremos con Cristo y triunfaremos con el ejército de sus ángeles, y cantaremos eternamente las alabanzas divinas! El mismo Dios ceñirá nuestras sienes con diadema de honor y de gloria, y nos descubrirá los secretos de su reino, y nos dará la posesion de sus riquezas y tesoros. Y lo que es más, lo que nos hará eternamente felices con una felicidad que ahora no podemos comprender en nuestra miseria, el Señor descenderá el velo que oculta su divino semblante, y nos dará á contemplar la gloria inefable de su divina esencia, de sus infinitas perfecciones y de su gloriosa magestad. En esta vision sublime consiste la eterna felicidad, que es como define San Agustín, (1) la fruicion perfecta de la divinidad y la contemplacion perene de la divina magestad. Si; el mismo Dios será el premio de nuestras virtudes, y la corona de nuestros merecimientos. Porque veremos cara á cara su infinita hermosura, veremos al Rey inmortal de los siglos en toda su gloria (2), y con nuestros ojos contemplaremos al sol eterno, Jesucristo nuestro Redentor, en cuya dichosa contemp'acion

se saciará nuestra sed de saber, y nuestra ánsia de gozar. En la esencia divina veremos como en un espejo clarísimo descifrados todos los enigmas, aclarados todos los misterios, resueltos todos los problemas, descubiertos todos los secretos que ahora se esconden a nuestra inteligencia y atormentan nuestra alma; y estaremos en posesion de toda la verdad y de todo el bien, porque en la luz de Dios veremos la luz, y en el bien infinito gozaremos todos los bienes sin mezcla de mal alguno. *Querite ergo primum regnum Dei.* Buscad pues primeramente el reino de Dios. Buscad con diligencia, con ahinco, con fé viva, con esperanza firmísima ese reino que os está prometido. Buscadlo primeramente, principalmente, con preferencia á todas las cosas como quien sabe que ganando el reino de los cielos, todo lo ha ganado, y que perdiéndolo, aunque ganase todo el mundo, lo ha perdido todo. *Querite ergo.* Buscad ese reino, buscadlo ahora, hoy mismo, desde este momento porque la vida es corta, y el tiempo pasa y no vuelve. *Adesse festinant tempora* (1). *Querite.* Buscad con afán ese reino porque viene el fin, el fin viene (2),

1 Lib. de Doct. crist.

2 Isai., XXXIII.

1 Dent. XXXII.

2 Ezech. VII.

y se acerca la noche cuando nadie puede buscar, cuando quizá buscareis, y no encontrareis, y morireis en vuestro pecado. *Querite*. Buscad el reino de Dios porque es eterno (1), porque es gloriosísimo, porque es para vosotros el colmo de la gloria, la fuente inagotable de la dicha, la plenitud de la bienaventuranza y el fin último de vuestra vida. *Querite*. Pero buscad á Dios por los caminos de Dios, buscad vuestro fin último por los medios que á su logro conducen, á saber; buscad la gracia y practicad buenas obras que son los *medios absolutamente necesarios* para alcanzar el reino de Dios.

Lo primero en la intención es el reino de Dios, pero lo primero en la ejecución es la justicia que como dice el Crisóstomo se ofrece á nuestras miradas como el único camino recto y seguro para arribar felizmente al reino de Dios. *Querite ergo justitiam ejus*. Buscad pues la justicia de Dios, y alcanzareis el reino de Dios. ¿Qué es la justicia de Dios? Su gracia; es decir, un don sobrenatural, permanente, gratuito, que su bondad infinita difunde en nuestra alma, obrando en nosotros una transformación ma-

ravillosa, como que apenas recibimos ese don riquísimo, somos justos, santos, capaces de mérito sobrenatural, hijos de Dios y herederos de su reino. Libres ya de pecado, unidos á Dios por la caridad, hijos suyos por adopción gratuita y misericordiosa, gozamos el precioso derecho á la herencia de su reino. A nosotros toca mantener ese derecho, y merecer su consumación, con el auxilio de la gracia. Buscad pues la justicia, es decir, la santidad, que consiste en el cumplimiento de toda la ley y en la práctica de toda virtud. La vida eterna consiste en ver á Dios, lleno de gloria y magestad en el trono de su reino y escrito está que no verán su cara sino los limpios de corazón, ni entrarán en su reino sino los justos. Buscad, pues, la gracia que limpia y purifica, que hace al hombre justo, santo, y capaz de merecer el reino de Dios; Buscad esa gracia sin la cual es absolutamente imposible agradar á Dios y conseguir la vida eterna; buscad ese don divino en la oración y en los sacramentos; y le encontrareis. *Querite justitiam*. Y luego germinareis como el lirio, y se multiplicarán vuestros frutos como el cedro que extiende su ramaje en la cumbre del Libano. Las

1 Psal. XXX:

virtudes y buenas obras florecerán en vuestra vida, y os seguirán hasta las puertas del cielo donde serán galardonadas con premios eternos. Los que tienen hambre y sed de justicia (1), apagarán su sed en aquellas fuentes de agua viva que embellecen la ciudad de Dios y saciarán su hambre en aquel festin eterno que el Señor tiene dispuesto para regalar á sus escogidos. *Querite ergo justitiam*. Luchad valerosamente con los enemigos de vuestra salvacion porque el reino de Dios padece violencia, y los violentos, es decir, los que dominan sus pasiones, y declaran guerra implacable á los desórdenes del mundo, á los deleites de la carne, y á las sugerencias del demonio, son los únicos que llegan á conquistar el reino de Dios.

Si sois perseguidos, atribulados, y maldecidos por la causa de Dios, por la justicia, alegraos porque esa es vuestra gloria, ese es vuestro más preciado timbre, esa es la condicion indispensable, necesaria para reinar con Cristo en el cielo, segun está escrito: Dichosos los que padecen persecucion por la justicia porque de ellos es el reino de los cielos (1)

*Querite justitiam*. La justicia, es decir, un corazon limpio de todo pecado, una conciencia pura, un alma santificada, una vida fecunda en virtudes y unas manos, llenas de buenas obras, hé aquí *los medios absolutamente necesarios* para alcanzar el reino de Dios.

Y luego no temais por vuestro sustento y por vuestro vestido; no pongais vuestro corazon en los bienes terrenos; no os afaneis demasiado por las cosas terrenas. Como busqueis antes que todo la gloria de Dios, su justicia y vuestra salvacion, todas las demás cosas, es decir, los bienes terrenos se os darán por añadidura. *Et hæc omnia adjicientur vobis*. Notadlo bien: las cosas temporales se nos darán *por añadidura*; no como galardón de la virtud, no como premio de las buenas obras. Dios no galardona nuestras virtudes con premios tan pobres y mezquinos como los bienes temporales.

Nos dá estas cosas terrenas como *añadidura* para cubrir nuestras necesidades y como *medios* auxiliares para alcanzar los bienes eternos. Las cosas de la tierra, oidlo bien, se nos dan para alcanzar las dichas del cielo. Si teneis riquezas, usad de ellas para vuestra salvacion. Si no las teneis, buscad lo primero que es el reino

1 Mat. 14. 5.

(1) Matth. V.

de Dios, practica la justicia que es lo segundo, y no os faltará lo tercero que son el sustento y el vestido.

Pero que oigan los ricos la voz de Dios y entiendan que son los ecónomos y dispenseros de su amorosa Providencia. ¡Ay de ellos si cierran su corazón á los gemidos del pobre! ¡Ay de ellos si emplean su dinero en vanidades y disipaciones mientras los pobres carecen de pan y vestido!

Esas riquezas que podrían servirles para conquistar el reino de los cielos, solo servirán para sepultarlos en el fuego del infierno. Siendo el reino de Dios lo primero que busquemos, reinará la justicia en la tierra; los ricos serán compasivos, los pobres humildes y resignados, la caridad nivelará la desigualdad inevitable de condiciones, y atesorando los unos y los otros virtudes y buenas obras, cuando se acerque la hora de la muerte, comprenderemos todos ricos y pobres, altos y bajos que todo es vanidad de vanidades fuera de la virtud y las buenas obras que nos franquearán las puertas del reino de Dios, Amen.

### SAN CRISTÓBAL.

#### LEYENDA CRISTIANA.

En una retirada comarca del Africa, vivía, por el siglo de la era cristiana, un

gigante á quien llamaban Cristóbal. Tenía una robustez y fuerza extraordinaria en términos que cuando iba á cazar solía ponerse á luchar cuerpo á cuerpo con las fieras, y lograba derribarlas.

Viendo que era el más fuerte de todos los hijos de los hombres, juró no someterse sino al ser más poderoso. Fué, por lo tanto, á buscar al rey de una gran nación, llamado Icos, hombre valeroso en los combates, prudente en los consejos, y el terror de los reyes sus vecinos.

Habíanse estos coaligado contra aquel á fin de poner coto á sus conquistas, y amenazaban atacarlo con numerosas fuerzas. Presentóse solo á su encuentro Cristóbal, armado con una maza. Al ver á este terrible gigante se llenaron de miedo los más valientes enemigos, y así que dió el primer golpe; fué tan grande el terror, que todos echaron á huir, á la manera que en otro tiempo los filisteos delante de Sansón, abandonando sus armas, sus caballos y todas sus riquezas.

Cristóbal volvió á donde estaba el rey, quien le colmó de honores y obsequios, queriendo que se quedase siempre al lado de su trono; pero este rey no tenía temor de Dios; y cierto día en que ámbos estaban juntos, despues de estar algun tiempo pensativo, se puso á decir:

—Si el diablo me quisiera dar á Ménfis, me entregaría á él.

—¡Es posible! dijo Cristóbal. Pues ¿quién es el diablo? ¿es más poderoso que tú?

Entonces el rey le contestó entristecido:

—No hay entre los hombres quien sea tan poderoso como él.



—Pues si es así, replicó Cristóbal, me separo de tí y me voy á servirle; porque tengo jurado servir al que fuere más poderoso.

Marchó al punto, de lo que se aflijó mucho el rey, aunque sin atreverse á detenerlo.

Emprendió su camino Cristóbal, preguntando á cuantos encontraba dónde hallaría al diablo. Satanás está siempre dando vueltas alrededor de nosotros, y el que lo busca pronto lo encuentra.—Acababa de entrar el gigante en un sombrío bosque, cuando de repente se le presenta Satanás.—«Yo soy, le dice, aquel por quien preguntais: ven, sé mio porque soy más poderoso que ninguno de los hijos de los hombres.» Y Cristóbal vió que delante de él temblaban los arboles del bosque, y que la tierra se estremecía con sus pisadas.

Signióle, pues, y durante mucho tiempo estuvieron viajando juntos: el demonio mandaba y Cristóbal le obedecía como un criado á su amo. Mas ¡ay! el espíritu maligno le hizo cometer hartos crímenes, cuyo número solo Dios lo sabe.

Un dia iban por un espacioso camino, en cuya márgen habia una cruz de madera: detúvose Satanás, dando un gran rodeo. ¿Por dónde vas? le dice Cristóbal, parece que tienes miedo de esta cruz.

—Sí, contestó Satanás; porque en esa cruz murió mi mayor enemigo.

—Pues si murió, que es lo que tienes que temer?

—Es que muriendo venció á la muerte, dijo con aire triste Satanás; y lue-

go que hubo vencido á la muerte resultó.

—¡Tienes miedo de él! Pues entonces es mas poderoso que tú?

Satanás, dejando caer la cabeza sobre el pecho, le dijo, como impulsado por una fuerza invisible:

—Es mas poderoso que ningun ser eriado; todo ante Él dobla la cabeza en el cielo y en la tierra.

—Pues entonces, te dejo, repuso Cristóbal; me voy á servirle pues que he jurado servir al que fuera mas poderoso. Y marchóse. De buena gana le hubiera detenido Satanás; pero no tenía entonces fuerza ni poder, porque estaba delante de la cruz.

Por algun tiempo anduvo errante Cristóbal, buscando á nuestro Salvador Jesucristo; recorrió extensas comarcas, pasó montes, atravesó rios y nadie le daba razon de lo que buscaba.

Un dia, despues de haber caminado por un vasto desierto, llegó á la extremidad de un valle, donde á lo léjos vió á un pobre ermitaño postrado ante una cruz, con la frente humillada en el suelo. Hacia veinte años que esto sante habitaba aquella soledad, pasando su vida en la oracion, la meditacion y el ayuno. Acercóse á el el gigante, y le dijo si le daria noticia de un Señor Todopoderoso que habia muerto en una cruz, porque queria servirle.

—Hijo mio, le contestó el anciano, para servir á Jesucristo Nuestro Salvador, que es á quien buscáis, es necesario ayunar y orar.

—¿Qué yo ayune, padre? replico Cristóbal; yo necesito alimentarme, y ade-

más no se orar; enséñame otro camino.

—Hijo mio, le dice el hombre de Dios, otro medio hay tambien, de servir á Nuestro Señor Jesucristo y de serle grato, y es hacer bien á nuestros hermanos; Dios te ha dado fuerza y vigor: vete á la orilla de ese rio que corre al pié del valle; muchas veces los pobres viajeros, abrumados con el cansancio, llegan á las márgenes, y no pudiendo pasarlas, se ven obligados á dar un larguísimo rodeo: entonces, hijo mio, llévalos sobre tus espaldas y pásalos á la otra orilla; hazlo así sin otro interés que el de servir á Dios, y este Señor te dará su bendicion.

(Continuará.)

### EL ESPAÑOL SAN ROQUE.

(Conclusion.)

Por inspiracion divina tornó á su patria, de donde á la sazón era gobernador de Montpellier el hermano de su padre. Al ver y observar las gentes su traje y su silencio, sospecharon que fuese algun espiá, por lo cual le condujeron á la presencia de su tío, que no le conoció, y teniéndole tambien por espiá le impuso la pena de cárcel perpétua. La alegría del Santo al verse despreciado en su propio país, y desconocido de su tío, carnal, fué extraordinaria, y la paciencia y conformidad con que sufrió por espacio de cinco años la hediondez del calabozo, el rigor del encierro á pan y agua, y el olvido de los hombres de procurarle alivio alguno, fueron verdaderamente admirables. Por fin, cuando solo contaba 34 años de edad, el Señor le llamó á disfrutar de su gloria el día 16

de Agosto de 1319, y permitió que en la tierra fuesen conocidas y admiradas sus virtudes. Apenas hubo espirado el Santo, bajó el carcelero al calabozo, y admirado de la mucha luz que veía salir por las rendijas de la puerta, la abrió y encontró tendido en tierra al cadáver, rodeado de resplandores, y una tablilla á la cabecera, en la cual se leían estas palabra: *los que tocados de la peste invocaran á mi siervo Roque, se librarán por su intercesor de esta cruel enfermedad.*

Pronto se divulgó la noticia por toda la poblacion, y atónito el gobernador al oírlo, se la refirió á su madre que era la abuela del Santo, la cual quiso averiguar si aquel era su nieto, y al efecto encargó que se reconociesen si tenia una cruz roja sobre el estómago. La tenia en efecto, y no es fácil describir las opuestas manifestaciones de dolor, de alegría y de admiracion que produjo en el reconocimiento de aquel siervo de Dios, de aquel tesoro tan querido del Señor y tan despreciado de los hombres.

(La Cruzada de Valencia).

#### VARIEDADES.

En Carlet (Valencia) ha fallecido víctima del cólera la superiora de las Hermanas de la Doctrina cristiana, que de Molins de Rey habia volado á dicho pueblo á asistir á los coléricos así que tuvo noticia de que la habia invadido la epidemia. La muerte de sor Micaela del Sagrado Corazon, que es el nombre de dicha difunta superiora, ha sido muy sentida por sus hermanas, las Comunidades de Molins de Rey, de San Vicens dels Horts y de Carlet, donde tiene fundaciones dicho instituto.